

fumes; en una palabra, de todo lo que puede fomentar la molicie y lascivia. Sus diversiones eran inocentes y raras; huían del teatro como de peligrosa escuela; se apartaban del circo y del anfiteatro, asquerosos lugares donde se llevaban á cabo repetidas inhumanidades y perpetraban multitud de crímenes; condenaban el juego de los dados, y en la comida eran más mortificados que parcos.

II. De tal manera practicaban semejante virtud que, para alimentarse y estar dispuestos al trabajo, tomaban las viandas puramente necesarias. La comida se componía generalmente de legumbres, frutas y algunos otros manjares que necesitan de poca cocción; si algunas veces tomaban carne, preferían siempre la de pescados ó animales volátiles. Se abstenián en general del vino, y particularmente se aconsejaba esto á los jóvenes de ambos sexos, ya que el vino y los licores espirituosos tienen la propiedad de excitar la sensibilidad, de donde provienen innumerables excesos. Practicaban dos comidas al día, y durante ellas eran leídas las divinas Escrituras, al modo que se observa hoy día en los conventos y seminarios. Antes de principiar á tomar el corporal alimento, lo solicitaban del Altísimo mediante fervorosas oraciones; cantando comedida y devotamente después de la refección, sendos himnos en acción de gracias.

Hablando Clemente Alejandrino (1) de los manjares con que se sustentaban los primitivos cristianos, añade; «Debemos usar alimentos que sirvan no para el deleite, sino para conservar la vida, y darnos vigor y fortaleza; deben ser sencillos, no de un condimento exquisito y raro. El médico Antífanes decía que la variedad de los manjares era la causa de todas las enfermedades»... Sobre el descanso del cuerpo se expresaba en estos términos: «Después de haber dado gracias á Dios, acabada la cena, por el sustento que nos ha concedido y haber pasado con felicidad el día, podemos ir á dormir; mas no usemos ropa demasiado delicada, ni ca-

(1) Lib. II del Maestro.

mas muelles, contentos con una en que haya lo necesario para defendernos del frío del invierno y evitar el calor del verano: se debe dormir poco á fin de disfrutar más tiempo de vida, pues el sueño nos quita la mitad de ella; debemos levantarnos antes de amanecer, especialmente cuando la noche es larga, los hombres para emprender sus estudios ó trabajos, las mujeres para sus labores; durante el día tampoco debemos dormir por haber velado parte de la noche»...

Además de semejantes mortificaciones incluían la del ayuno. Éste, que era frecuente, consistía en una sola comida al día que se tomaba después del ocaso del sol; se abstenián completamente del vino; y el libro del Pastor advierte, que en estos tiempos no se había de tomar más que pan y agua, creyendo quebrantarlo bebiendo esta última. Los ayunos principales estaban fijados en la Cuaresma mayor;—el miércoles y viernes de cada semana—y aquellos días que los obispos juzgaban conveniente preceptuar á sus diocesanos; tales eran los de las témporas. En la Semana Santa, algunos fieles estaban sin comer dos, tres y cuatro días y aun la Semana entera, según las fuerzas y el fervor de cada uno. Había, además, dos grados de abstinentes; los que se contentaban con no comer cosa cocida y los que no se alimentaban de otros manjares más que de cosas secas, como nueces, almendras, etc.

Los atletas de la fe miraban á la castidad como á virtud angélica, y la amaban como á un precioso tesoro; para guardarla era preciso mucha vigilancia consigo mismos, mucha mortificación de los sentidos, mucha oración. Nada de esto omitían. Huían, en primer lugar, de todo cuanto pudiese afearla; evitaban las familiaridades extremadas, se apartaban de las pérfidas compañías. Mortificaban, en segundo lugar, sus cuerpos con las asperezas mencionadas y otras semejantes; los mismos casados la estimaban en tanto grado, que, en tiempo de ayuno, se abstenián del uso matrimonial, con especialidad la víspera y el día en que habían de comulgar; en ambos casos practicaban esto únicamente con el fin de ser más aceptos á Dios nuestro Señor, y estar me-

mejor dispuestos para hospedarle en sus corazones. Eran asiduos en la oración, pedían, rogaban de nuevo, se humillaban ante el acatamiento divino, solicitando su poderoso auxilio para vencer las tentaciones impuras y para llevar intacto el vaso quebradizo de la castidad, que no se conserva sino usando de estos medios.

Por otra parte, evitaban los adornos del cuerpo como seductores del incauto corazón y fomentadores de la vanidad y presunción humanas. Nunca se teñían el pelo; entre ellos eran tenidos por falsos ó relajados cristianos «los que se rizaban y engalanaban el cabello con adornos varios, los que se lo teñían, los que miraban con cuidado al sexo contrario, y los que comían mucho y se aficionaban al vino». Esto declaró un santo mártir, aludiendo á cierto juez que usaba de tales cosas, afirmándole que le consideraba como falso discípulo de Cristo. Detestaban también las carcajadas desmedidas y las causas que las provocan, las chanzonetas, las palabras ociosas y satíricas, los discursos ridículos, las bufonadas, los dislates; en una palabra, todo lo que es ajeno de la gravedad y mesura cristiana. No por esto los primitivos fieles dejarían de tener sus ratos de solaz y diversión; pero ¿se atreverá alguien á afirmar que mezclaban la sal de las conversaciones y pasatiempos de nuestros días, donde generalmente y por desgracia se murmura y se calumnia, ó cuando menos se profieren chocarrerías, despropósitos y necedades que á perder la caridad sólo conducen?

12. Si tanto descollaban los primitivos fieles en las virtudes morales, ¿cuál no debía de ser su empeño por brillar en las teologales? Su fe era firme, viva y formada. Era firme, porque creían las verdades de la augusta y única Religión verdadera, con tal aseveración, que preferían mil veces morir antes que apostatar de ella; creían en Jesucristo, Autor de la revelación, y la confesaban en todo lugar. Era viva, porque iba acompañada de la observancia de los divinos preceptos, principal y único negocio en este mundo. Era formada, porque animada estaba de la caridad que los

unía estrechamente con Aquél á quien aspiraban por gozar eternamente. En aquellos tres siglos de horribles pruebas, la fe era confesada por los cristianos clara y sin ambages de ningún género; en los tribunales ostentaban sus arraigadas creencias, en los tormentos hacían muchas veces claudicar de su paganismo á los mismos verdugos, á los mismos prefectos, y en el cadalso, finalmente, Cristo Señor Nuestro se manifestaba por la fe de sus hijos, herederos del Cielo.

13. Su esperanza era tan esforzada como temerosa; era esforzada, pues confiaban en que un Dios tan poderoso y deseoso de cumplir lo que les había prometido, les daría las gracias más que suficientes para que obtuviesen lo prometido. Y no se engañaban, porque, á más de la fe arraigada, poseían ejemplos innumerables de otros santos mártires y confesores de quienes se sabía positivamente que lo habían alcanzado. Era también temerosa, porque desconfiaban de sí mismos como ineptos para obtener por solas sus fuerzas semejante don, y así pedían al Señor que de tal manera viviesen que jamás desearasen de la salvación; pero que al propio tiempo no se asegurasen en sí mismos, sino en Dios que todo lo puede. Con esta suerte de dulce esperanza se les hacían suaves los preceptos del Cristianismo, se les convertían en gozos sus amarguras, se animaban, se esforzaban y proseguían con denuedo en la práctica de la virtud.

14. ¿Qué elogios pronunciaremos de su ardiente caridad? Ésta que, abrazando dos puntos capitales, amor para con Dios y amor para con el prójimo, es el lema más bello de un discípulo del Evangelio, es la gran divisa de un cristiano, es el mejor signo de la predestinación. Amor para con Dios: el que no ama con esta suerte de amor permanece en la muerte; mas el que vive en la caridad, en Dios vive y Dios en él. Magníficas expresiones del Discípulo amado; y los primitivos cristianos, que, en general, no eran otra cosa que discípulos amados de Cristo, las tomaron á la letra, haciendo todos los esfuerzos posibles para obtener semejante

amor. Mas como el amor es un fuego que arde continuamente en el pecho del que lo posee, y cuyas abrasadoras llamas se divisan perfectamente en las palabras, en los sentimientos y en las obras de sus dueños, no puede por menos de resplandecer en todos estos actos que son la misma vida del hombre.

Para comprender hasta qué grado ascendía semejante amor, sería preciso escudriñar la recta intención de los cristianos y el fin sobrenatural que se proponían al obrar; indispensable sería ver todos sus actos, los que se dirigían á Dios, los que encaminaban á sí mismos, y los que practicaban en orden á sus hermanos. Hemos considerado muchas de sus costumbres santas, y por éstas habremos podido adivinar la caridad que dominaba á tales sujetos; pero las que vamos inmediatamente á describir son las que pertenecen á la segunda parte del presente punto, ó sea, á la caridad para el prójimo; por ella comprenderemos más de cerca el grado de amor á Dios de que disfrutaban.

En primer lugar, era sorprendente la unión de los cristianos. Un solo corazón y una sola alma venían á constituir todos los discípulos de Cristo. Á pesar de las persecuciones, por las que no podían congregarse siempre que deseaban, conocíanse sin embargo por haberse oído nombrar, y haber llegado juntos al Sacramento de la Eucaristía. Cuando las leyes imperiales favorecían á los cristianos, congregábanse éstos á menudo y se hacían compartícipes de sus aflicciones y gozos. Si alguno padecía desconsuelo ó enfermedad, le consolaban amorosamente, le visitaban y penaban con él; si otras veces recibía algún favor particular, se alegraban sin envidia y lo celebraban sin lisonja. Todos estaban perfectamente unidos; cada familia obedecía á su jefe, fuese el padre, la madre, ú otro superior; las familias se sujetaban á los presbíteros y obispos, y particularmente estos últimos tal unión entre sí tenían, que se hacía envidiable; para el efecto se enviaban epístolas afectuosas y la Eucaristía, en señal de caridad y comunión con la santa Iglesia; estaban sujetos al Vicario de Cristo, quien ordena-

ba á los obispos lo que debía de ejecutarse en los casos principales y más dificultosos; recibían á los huéspedes como á hermanos, tanto á los católicos como á los herejes; mas con notable diferencia, pues con los primeros comunicaban en todo lo perteneciente á su augusta Religión, como orar en común, hablar de sus sagrados Misterios, presidir la mesa; mas con los segundos, usaban de prudente silencio acerca de estas cosas, haciendo por otra parte lo posible para que se convirtiesen, aunque en lo temporal les trataban como á hermanos. Si el huésped era clérigo, particularmente obispo, le recibían con festiva alegría como á un apóstol de Jesucristo, cumpliendo á la letra lo que Nuestro Señor dijo en el Evangelio, que «el que recibe á un apóstol suyo á Él le recibe,» y «que sobre el hospedero derramaría sus bendiciones». Asimismo, practicaban con los huéspedes el lavatorio de los pies, á imitación del Salvador, que se humilló ante los pies de los apóstoles. Se esmeraban de tal manera en esta virtud que algunos gentiles, al ver en los cristianos tan excelentes rasgos de caridad, abandonaban el paganismo por seguir el Evangelio, mereciendo entre éstos especial mención S. Pacomio, quien, alistado en el ejército romano desde muy joven, y desembarcando en una ciudad en que había muchos fieles, al ser acogido por éstos con gran caridad, preguntó cuál fuese su profesión y su nombre; se le contestó que cristianos, é indagando su doctrina, se hizo discípulo de Cristo, llegando á ser un gran santo.

Los pobres son el tesoro de la Iglesia. Los huérfanos, los expósitos, las viudas, los desvalidos de ambos sexos, cojos, lisiados y ciegos, encontraban alivio en el seno del Cristianismo; hallaban el descanso y el pan en la Iglesia. Éstos últimos eran abandonados por los inhumanos dueños cuando ya no podían servirse de ellos, mientras que la Esposa del Cordero los acogía en su regazo, los alimentaba, los santificaba y preparaba para la mansión celeste. Pero la Iglesia necesitaba de fondos comunes para atender á tantas indigencias, como también necesitaba de eclesiásticos que se interesasen vivamente en su cuidado. Á este fin, los obis-

pos, á quienes incumbía obligación semejante, ordenaban diáconos para que recogieran limosnas que ofrecían voluntariamente los fieles, limosnas que, no obstante, se negaban á recibir de manos de las prostitutas, de los excomulgados, de los usureros y pecadores públicos. Con los frutos de caridad y además los diezmos de los frutos, la Iglesia podía asistir con abundancia á sus pobres. Éstos eran visitados por los diáconos, quienes, por la necesidad de recorrer las ciudades y aldeas, llevaban una túnica corta, á diferencia de la de los presbíteros y obispos que era talar.

Si los pobres son la grey predilecta de la Iglesia, mucho más lo deben ser los enfermos que necesitan de mayores atenciones tanto en lo corporal como principalmente en lo que concierne al espíritu. En efecto; cuando algún cristiano caía enfermo, pronto era objeto de las atenciones de sus compañeros, particularmente de los presbíteros, quienes le visitaban y prodigaban consuelos espirituales; después pasaban á administrarle los santos sacramentos, si era necesario, y finalmente le propinaban cuanto podía y exigía la caridad en trance semejante. Los presbíteros y algunos legos usaban de un aceite bendito, diferente del de la Extremaunción, con el cual ungián á los enfermos, quienes recobraban muchas veces la salud.

En suma, la caridad de los discípulos del Salvador se entreveía hasta en el fondo del sepulcro. Después que un cristiano cerraba sus ojos á la luz natural para abrirlos á la eternidad, sus compañeros y hermanos en la fe le lavaban el cuerpo, y, embalsamándole, le envolvían en finísimos lienzos. Así le dejaban expuesto durante tres días consecutivos, en los que oraban con fervor al lado del cadáver y ofrecían el santo Sacrificio. Luego, cantando alegres himnos y devotos salmos, y llevando velas encendidas en las manos, le conducían al túmulo. Después de enterrado ponían casi siempre una inscripción en que se contenía su nombre y profesión respectiva.

15. En los cristianos iban siempre unidas las virtudes de la humildad, paciencia y magnanimidad. Todas, ó al

menos las dos primeras, brillaban de un modo particular. Por la humildad se reconocían indignos de un bien tan excelente como el de profesar el Cristianismo; pedían al Dador de toda gracia les otorgase sentimientos bajos de sí mismos, y de aquí la sencillez que entre ellos reinaba. Empero esta virtud no es enemiga de la magnanimidad, porque, si registramos las historias eclesiásticas, hallaremos que los hombres más santos descollaron en ambas virtudes. No porque los primitivos fieles fuesen humildes, se apocaban; antes bien, se resolvían á llevar á cabo grandes empresas, como la de ser varones enteramente cristianos, ganar almas para Dios, extender su hermosa Religión, ostentar y engrandecer, finalmente, su culto exterior. Eran también pacientes; no hay más que recordar las persecuciones que sufrieron por Cristo, los malos tratamientos que toleraron y los crueles martirios que experimentaron. Clemente Alejandrino da á conocer éstas y otras virtudes con estos términos: «El cristiano, dice (1), no es esclavo de las pasiones, se hace superior á las que turban el ánimo, como la ira y el miedo; no da lugar en su corazón á otras que parecen ser buenas, como la osadía, la envidia, los gozos y los deseos inmoderados... Como todo lo juzga bueno y dispuesto por Dios, nada le abate y entristece; no se exaspera, pues nada puede irritarle; y teniendo su pensamiento en Dios, no puede odiar á alguna de sus criaturas, vive sin envidia, porque todo lo tiene; con nadie tiene amistad profana, porque ama á Dios en sus criaturas; nada necesita su alma, porque ya con la caridad descansa con su amado. El cristiano (2) hace bien á cuantos puede; si se halla constituido en el gobierno, dirige, como otro Moisés, su pueblo á la salvación eterna; posee todas las virtudes, la fortaleza, la tolerancia, la magnanimidad, la liberalidad, la magnificencia, y de aquí se origina que no se mueva por murmuraciones vulgares, ni por la estimación ó la lisonja: es pacífico, prudente, moderado, templado y rico, porque na-

(1) Lib. 6 Strom.

(2) Lib. 7 Strom.

da apetece y está contento con poco; es justo, benéfico y fiel. Como tiene su corazón puesto en la oración y en las cosas espirituales, siempre se manifiesta benigno, tratable, afable, sufrido y agradecido; al mismo tiempo es severo en aquellas cosas que pueden pervertirle, sin rendirse al deleite, ni al dolor... Si la razón le hace juez, nada concede á la pasión, y así camina con pasos firmes á donde le llama la justicia... El cristiano finalmente se emplea en conversar con Dios; y su vida es una continua fiesta de alabanza para con el mismo Señor».

16. Otro de los signos de la predestinación á la gloria es, según enseñan los teólogos, el celo por la honra de Dios. No andaban vacíos de esta eminente virtud, nuestros padres en la fe. Procuraban guardar completo silencio delante de los paganos, de los judíos y catecúmenos acerca de los terribles misterios y de algunos otros dogmas de nuestra Religión, con el fin de que no fuesen blasfemados y profanados por aquéllos. Cuando alguno de sus enemigos hablaba mal de nuestra Fe, le contestaban si tenían suficiente instrucción, ó en caso contrario, que era lo general, lo remitían á los obispos ó presbíteros para que éstos le hiciesen conocer su lamentable error. Tan lejos estaban de la blasfemia, que se horrorizaban de pensar lo infinito que disgustaría á Dios si osasen proferirla. Todas sus pretensiones eran, en último término, la propagación del nombre de Jesucristo y su Religión veneranda.

Habrá advertido el lector, en lo que hasta aquí llevamos dicho, que los primeros cristianos resplandecían en toda santidad y pureza de costumbres, por cuyo motivo se le ocurrirá preguntar: ¿No había en ellos imperfecciones, vicios y hasta escándalos? ¿No existían malos cristianos? Se puede responder que, hablando en general, los discípulos del Salvador eran irreprochables en las costumbres; sin embargo, algunos había, y eran los menos, que no se portaban cual convenía á su estado, por cuya causa la Iglesia los arrojaba de su seno.

Á los caídos en la idolatría durante la persecución, les ex-

comulgaba y trataba como á apóstatas, si no hacían penitencia pública; á otros les daba saludables penitencias que duraban uno, dos, tres ó cuatro años y hasta por toda la vida, según fuese la clase de pecados cometidos. Había cristianos que oraban postrados en tierra, ayunaban, gemían, pedían perdón colocados á las puertas de las Iglesias, con otras suertes de penitencias impuestas para satisfacción de sus graves culpas. Así es como se mantenían los cristianos en un santo temor.

17. La Religión del Crucificado fué propagada mediante la predicación, pero ésta fué corroborada por medio de milagros. De ahí el que los hombres, al ver los prodigios que Dios obraba mediante los apóstoles en confirmación de la doctrina que anunciaban, la abrazasen con denuedo. Eran infinitas las maravillas que en Jerusalén y otras ciudades obraban los apóstoles; así lo indican claramente las Actas (1) de los mismos; por eso admiramos la fecunda multiplicación de los cristianos. Y no se vaya á creer que los prodigios que obraban los fieles eran debidos á la magia, como pretendían los paganos, ya que añade Eusebio de Cesárea (2), que jamás se pudo convencer de mago á ningún cristiano por más que para obligarlos á confesarse reos de semejante delito les hubiesen aplicado indescriptibles tormentos; antes por el contrario, ante la presencia de un discípulo de Cristo, los demonios salían de los posesos, milagro imponente, que nadie puede obrarlo sino quien tenga más poder que los infernales espíritus.

18. Finalmente; movidos los pueblos por la pureza de la fe católica, atraídos por la suavidad de su moral, suspensos ante un sinnúmero de prodigios que la confirmaban, y entusiasmados por la alegría que se dibujaba en los rostros de centenares de gentiles que diariamente se convertían para adorar al Hombre-Dios, abandonaban los simulacros de barro y madera para inclinar su frente ante el único Creador del universo. Aquello era conmovedor; en todos los lugares

(1) Cap. II, v. 43-cap. 5, v. 13.

(2) Lib. 3, cap. 6 y 7.

de la tierra había quien pronunciase con reverencia el Dulce Nombre de Jesucristo. En efecto: Tertuliano (1), escribiendo á todos los magistrados del Imperio, (año 200) decía estas palabras: «Una sola noche, y con bien pocas hachas, sería suficiente para poder nosotros tomar completa venganza, si nos fuese permitido devolver mal por mal. Si nosotros quisiéramos declararnos abiertamente enemigos vuestros ¿nos faltarían fuerzas ni gente? Ni los Moros, ni los Partos, ni otra nación alguna, puede exceder en número á todas las juntas que están ya llenas de cristianos. Somos unos extranjeros y llenamos ya vuestras ciudades, villas, aldeas y ejércitos; nos hemos introducido en el palacio, en el senado y en el foro; sólo á vosotros os dejamos los templos. ¿Qué guerra dejaríamos de emprender aun con fuerzas desiguales, los que tan voluntariamente nos entregamos al martirio, si nuestra religión no nos mandase perder la vida antes que cometer un homicidio? Por otra parte, pudiéramos tomar venganza de vosotros sin hacer armas ni rebelarnos; con sola nuestra separación. Si esta multitud de gentes os hubiera abandonado y se hubiera retirado á lejanas tierras, os hubiera castigado con la pérdida de tantos ciudadanos, habría desacreditado vuestro imperio, hubierais quedado asombrados con tal soledad y tan corto giro de negocios; se quedaría el mundo como muerto, la soledad os representaría como aniquilada esta Ciudad, y os obligaría á buscar sobre quien reinar, tendríais ya más enemigos que vasallos; mas en el día tenéis menos traidores con haber más número de cristianos».

19. Lo expuesto es suficiente para conocer cuál fuese la vida santa de nuestros padres en la fe. Si el lector deseara hacer un estudio más detenido, puede consultar las varias obras que se han dado á luz sobre el particular, especialmente á S. Justino, Tertuliano, Clemente Alejandrino y Philón; sin embargo, basta lo insertado para probar nuestro objeto. Éste, según dijimos, consistía en demostrar que

(1) Apologet.

las costumbres de nuestros primeros cristianos eran causa y efecto al propio tiempo del indecible amor que profesaban á la Eucaristía; lo primero, porque ellas, aun consideradas en sí mismas, inducían al amor de Jesucristo, y lo segundo, como el amor tiene logrado su fin cuando se une con el que ama, recibiendo los fieles á Nuestro Señor, objeto de su caridad, adquirirían por Él nueva vida, nuevo fervor y la perfección de semejantes costumbres.